

---

---

# América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó

---

---

## I. La fortuna de García Calderón

A la muerte de José Enrique Rodó en 1917, pocos lectores latinoamericanos podrían dudar de que su magisterio continental no quedase bien custodiado en manos de escritores más jóvenes, como Francisco García Calderón, del Perú; Pedro Henríquez Ureña, de la República Dominicana; Alfonso Reyes, de México. De todos ellos, por la calidad de su producción, por la resonancia europea de su personalidad, por el espaldarazo que había significado el prólogo del maestro uruguayo a una de sus obras (*De Litteris*, 1904), el más destacado era entonces Francisco García Calderón. Cualquier profecía de ese año de 1917 sobre la posteridad de éste último debía ser inevitablemente optimista. No era difícil prever que el discípulo (por el ámbito más internacional en que actuaba) lograría llegar a superar la fama del maestro.

Una sangrienta revolución en uno de los países más atrasados y marginales de la Europa de entonces (la Rusia de los Zares), así como el colapso total de la Belle Époque en la carnicería de Verdún, liquidaría para siempre las ilusiones de magisterio de García Calderón y convertiría el Arielismo de su maestro en pieza de museo. La muerte de Rodó en 1917 evitó que él supiera que el armonioso mundo utópico con que había soñado en voz alta en *Ariel*, habría de ser arrasado por las crudas realidades de la época actual. Menos dichoso, Francisco García Calderón se sobrevivió hasta 1953, tratando de administrar (y hasta de enriquecer) una herencia que había dejado de tener vigencia.

Cuando le llegó al fin la muerte, muy pocas voces se levantaron para celebrar a aquel heredero de un mundo de elegante utopismo. Creo haber sido de los pocos que dediqué un trabajo al balance de su obra y de una personalidad ya para entonces completamente olvidada<sup>1</sup>. Uno de sus libros principales, *Las democracias latinas de América*, publicado originariamente en francés (1912), no sería traducido en español hasta 1979; el otro, *La creación de un continente* (1913), tardaría sesenta y seis años en ser reeditado<sup>2</sup>. Tantos años de olvido parecen suficiente lápida.

El *Ariel*, de Rodó, en cambio, continuó reeditándose y ha conseguido sobrevivir al entusiasmo indiscriminado de los arielistas, a la crítica dogmática de los marxistas, al desgaste pedagógico. Incluso ha sobrevivido a la ignorancia de Roberto Fernández

---

<sup>1</sup> Véase «Las relaciones de Rodó y Francisco García Calderón», en *Número*, Montevideo, abril-septiembre 1953, págs. 255-262.

<sup>2</sup> Las dos obras mencionadas de GARCÍA CALDERÓN han sido reeditadas por la biblioteca Ayacucho (Caracas, 1979), con prólogo de Luis Alberto Sánchez. En este trabajo, las citas de ambas obras corresponden a esta edición.

Retamar en su panfletario *Calibán* (1970), libro escrito para poner al día el *Ariel* pero sin el mínimo conocimiento directo del texto de Rodó y de su contexto continental<sup>3</sup>. A diferencia de su maestro, García Calderón fue barrido por el huracán de la Modernidad. Me pregunto: ¿cuántos de los lectores han leído *realmente* su obra? ¿Cuántos sólo conocen los fragmentos que interesados comentaristas han escogido para soslayarlo o para elogiarlo sin análisis? En esta hora de balance, me gustaría repasar brevemente con ustedes algunos aspectos centrales del magisterio de García Calderón, a la luz de su entronque con el Arielismo y con lo que podría llamarse la visión utópica de América.

## II. García Calderón y el Arielismo

En un prólogo de 1927, Gabriela Mistral llamó a Francisco García Calderón, «heredero efectivo y quizás único del uruguayo» Rodó. Años más tarde, en 1944, Luis Alberto Sánchez lo califica de «legatario de Rodó». Ambos juicios apuntan a esa condición de discípulo que —en el mejor y más original sentido rodoniano de la palabra— supo ser García Calderón: un discípulo que desarrolló y perfeccionó aspectos que el maestro sólo había apuntado; un discípulo que cumplió con el brindis de Gorgias, en la parábola de Rodó: «¡Por quien me venza, con honor, en vosotros!» (*Motivos de Proteo*, 1909, CXXVII).

Este discípulo sólo lo fue en lo intelectual. Nunca conoció personalmente al maestro uruguayo; se formó en otras tierras de América y pronto fijó su morada en Europa, desde donde participó (como avanzada, como guía, como divulgador) del movimiento literario hispanoamericano que se llamó Modernismo. Pero fue de los que con más finura recogieron ciertos elementos perdurables de la enseñanza de Rodó: la visión de una América intelectual y una; el rigor crítico en la faena literaria y en el estilo; la cultura como herencia que urge conquistar para poderla así preservar y transmitir.

Pero si García Calderón no conoció personalmente a Rodó, sí mantuvo con él una correspondencia que queda documentada en el Archivo Rodó de la Biblioteca Nacional, Montevideo; correspondencia que tuvo ocasión de publicar precisamente en 1953, con motivo de la muerte del discípulo<sup>4</sup>. De acuerdo con esa documentación, las relaciones entre ambos parecen iniciarse con una carta de García Calderón, escrita hacia 1903, en que le pide a Rodó un prólogo para su libro, en preparación, *De Litteris*. Aunque Rodó era sólo doce años mayor que García Calderón, la fama de su *Ariel* ya lo había proyectado por todo el ámbito de la lengua, desde la primera edición del dichoso libro en 1900. Rodó aceptó el encargo y escribió el prólogo que figura en la primera edición (de 1904), del libro de García Calderón y que también puede leerse en el libro del maestro, *El Mirador de Próspero* (1913). Si allí Rodó elogiaba al discípulo

---

<sup>3</sup> Para un comentario de la utilización de *Ariel* por ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR, véase mi artículo, «The Metamorphoses of Caliban», en *Diacritics* (Ithaca, otoño 1977, págs. 78-83).

<sup>4</sup> En 1957 fue incorporada a la edición de *Obras Completas*, de RODÓ, que preparé para Aguilar, de Madrid. (Hay reedición de 1967.)

y lo situaba justamente en el grupo de escritores americanos que revelaban un espíritu de serenidad y pensamiento, su elogio no hacía sino retribuir el que había recibido del escritor peruano en el texto mismo de la obra que prologaba. En efecto, *De Litteris* contiene un ensayo de García Calderón, «una nueva manera de crítica», que al examinar los volúmenes publicados por Rodó bajo el título común de *La Vida Nueva* (el tercero es *Ariel*), subrayaba la amplitud de espíritu del escritor uruguayo, y examinaba su estética, su visión filosófica y el peso continental de su palabra americana. En su conclusión, García Calderón reconocía el magisterio de Rodó, al que llamaba «verdadero guía de espíritus».

A partir de este doble y mutuo reconocimiento, las relaciones epistolares de ambos habrían de continuar espaciadamente hasta la muerte del maestro uruguayo. No es necesario ni posible examinar aquí las alternativas de esa relación. Bastará indicar que Rodó mantuvo un interés constante en la obra de García Calderón; se ocupó activamente de ponerlo en contacto con otros escritores amigos (como lo documentan cartas a Miguel de Unamuno, a Pedro Henríquez Ureña, a Hugo D. Barbagelata), y no olvidó nunca de mencionarlo en su prédica literaria y hasta periodística. Así, por ejemplo, en el prólogo que escribió para la segunda edición de *Idola Fori*, de Carlos Arturo Torres (1910), menciona una obra de García Calderón, a la que caracteriza como «trabajo digno de su firme y cultivado talento». En otra ocasión, aprovecha una reseña muy crítica de la apresurada antología hispanoamericana Manuel Ugarte (1906), para señalar entre otras omisiones la injustificada de García Calderón, «que empieza por donde otros honrosamente concluyen».

Por su parte, el discípulo no dejó de ocuparse de la obra del maestro pero tomando algunas veces una distancia crítica que lo singulariza.

Así, por ejemplo, en *Profesores de idealismo* (1910), recoge una Memoria presentada al Congreso de Filosofía de Heidelberg (septiembre 1908), sobre el tema, «Las corrientes filosóficas en la América latina», en que saluda a Rodó como «joven pensador, brillante defensor del idealismo y del latinismo en nuestra América». También se refiere al maestro en *Les démocraties latines de l'Amérique* y en *La creación de un continente*, ya citados.

En este último volumen le dedica varias páginas del libro segundo, «El americanismo.» Hasta cierto punto, este análisis completa y refina lo que ya había escrito sobre el maestro uruguayo. Pero también amplía la perspectiva de modo que sea posible ver hasta qué punto el discípulo se distancia e independiza. El punto central es el examen del juicio que merece a Rodó la democracia norteamericana y su efecto sobre los latinoamericanos: ese afán de imitación que Rodó había criticado bajo el nombre de «Nordomanía». Conviene transcribir un párrafo central del estudio de García Calderón:

Oponiendo a la utilitaria democracia sajona el ideal latino, [Rodó] ha hecho comprender a las nuevas generaciones americanas la dirección necesaria de su esfuerzo. Parece su enseñanza prematura en naciones donde rodea a la capital, estrecho núcleo de civilización, una vasta zona semibárbara. ¿Cómo fundar la verdadera democracia, la libre selección de las capacidades, cuando domina el caciquismo y se perpetúan sobre la multitud analfabeta, antiguas tiranías feudales? Rodó aconseja el ocio clásico en repúblicas amenazadas por una abundante burocracia, el reposo consagrado a la alta cultura cuando la tierra solicita todos los esfuerzos y de la conquista de la